

humana, y de las ciegas pasiones, en lugar de hacerla derivar de la unidad y voluntad celestial.

Mucho podríamos estendernos, si hiciésemos un estudio, y nos pusiésemos en presencia del catolicismo, ó de la divina unidad de los hombres, hermanos todos en Dios; si quisiésemos señalar sus inmensos beneficios al lado de los deplorables contrastes que, por sus divisiones, presentan las sociedades humanas, delante de esta union santa y celestial; mas como tal asunto es latísimo y profundo, y nos llevaria muy lejos, acabaremos este capítulo recordando en resumen á nuestros lectores que el odio, la discordia, la venganza, en una palabra todas las miserias que asolan á la humanidad, dimanen del olvido de la fraternidad cristiana, y que toda la dicha presente y futura, finita é infinita, dependen de la observancia cristiana de este dogma divino.

CAPITULO XX.

Caida del hombre y pecado original.

Si con los ojos de nuestro entendimiento y la rapidez de nuestra imaginacion arrojamos una mirada sobre el universo, nos convenceremos que el acuerdo mas perfecto reina en todas sus partes. Esta asercion, si bien repetida y trivial en apariencia, no deja de ser de la mas alta importancia para deducir de ella las bases y dogmas del cristianismo, prescin-

diendo de su parte misteriosa y en todo cuanto son accesibles á nuestra razon. La vasta y magestuosa superficie del Océano, la inmensa y poblada bóveda de mundos diamantinos, manifiestan el orden y sublime grandeza de la creacion; los espesos bosques del Brasil y de la India en que no penetran ni un rayo del sol, ni el pensamiento humano, el olor cálido y aromático que en ellos se respira, los hermosos animales que los habitan, las numerosas aves que en sus árboles se anidan, cuyos plumages ostentan los bellos colores del zafiro, rubí, oro y topacio, el suave sonido de las matas que entre sí chocan, y aquel aire cargado de suavísimos sonidos y perfumes, que refresca y embriaga con su aliento, manifiestan la belleza y la armonía que tan prodigamente derramó el Criador sobre la naturaleza. Hasta la misma materia inerte se presenta á la vista con los mas hermosos colores y bajo las formas mas regulares; las bellas cristalizaciones de los minerales, las maravillosas grutas de estaláctitas y estalágmicas, las centellantes cavernas de cristal de roca, y la sonora gruta de Fingal, muestran que hasta en los cuerpos desprovistos de sentimiento y vida se ve grabado el nombre del Omnipotente, que en ellos derramó con profusion el orden maravilloso y armónica belleza que distingue sus demas obras. Los cuerpos celestes ejecutan sus revoluciones en una unidad admirable, ninguna de ellos se contraria á sí mismo ó á los demas en la curva que describen. Un solo globo nos da la luz y el calor, suspendido sobre nuestras cabezas y mirando al mundo, tal como el ojo de la Providencia que vela

sobre el mundo, iluminando nuestras mentes y fecundando nuestro corazon.

En los animales se observa igualmente la mas completa armonía; su instinto no sufre incremento ni decremento con el decurso de los siglos, y al mismo tiempo se alia completamente con sus inclinaciones y apetitos.

¿Por qué causa incomprendible el hombre solo está exceptuado de esta ley tan necesaria al orden, á la conservacion, á la paz, á la dicha de los seres? Tan visible como es la armonía en lo demas de la naturaleza, tan patente y manifiesta es en el hombre la desunion y el choque interior. Un combate perpetuo existe entre su corazon y su deseo, entre su razon y su corazon. Cuando ha alcanzado el grado mas elevado de la civilizacion, se encuentra en el último de la moral. Si brilla por las ciencias, su imaginacion se apaga y su sensibilidad se entibia. Si es poeta ó artista, se aumentan su sensibilidad, su entusiasmo, su imaginacion; mas su juicio y su razon disminuyen. Su corazon se enriquece á espensas de su cabeza, y su cabeza á espensas de su corazon. A medida que aumenta en ideas, va perdiendo en sentimientos; á medida que aumenta en sentimientos, sus ideas disminuyen. La mayor sublimidad se alia en él á la mayor miseria; rey de los animales, es el mas mísero de todos los seres vivos, y su naturaleza presenta los mayores contrastes.

Un estado semejante no dejó de hacer impresion en los filósofos del paganismo. Sin poder explicar la causa han conocido el efecto: *rem vidit, causam*

nescivit. Una secreta y misteriosa reminiscencia les advertia que una vida mejor habia sido reservada al hombre; y sin conocer el dogma cristiano, se hallaban, en presencia de la naturaleza humana, en un estado análogo al del Arabe, que, ignorando los recuerdos y belleza primitiva de Palmira, deduce por sus magnificas ruinas que una opulente ciudad debia elevarse en el lugar en que se ofrecen tan imponentes restos. Así entre los filósofos de la antigüedad, los unos han admitido dos almas; otros, como los maníqueos y los antiguos Persas, dos principios agentes; otros, que nuestras almas han existido antes de nuestros cuerpos. Ciceron, en su *Hortensio*, citado por San Agustin, es el que mas se aproxima á la verdad, pues dice que nacemos para espiar un crimen cometido en una vida precedente¹. Bayle, entre los modernos, cuya autoridad no parecerá seguramente sospechosa, confiesa que sola la revelacion puede resolver esta dificultad: «La historia, dice, es la narracion de las desgracias y de los crímenes humanos. Todas las ciudades tienen hospitales y patíbulos, porque por todas partes el hombre es á la vez desgraciado y perverso. ¿Pero por qué los paganos no dijeron sobre este punto nada que satisfaciese? Solo la revelacion puede explicar este enigma.» Platon reconoce que no se puede cortar este nudo, sin la divina revelacion; «á menos, dice, que nos sea dado un camino mas seguro, como alguna promesa, ó revelacion

¹ *Ob aliqua scelera suscepta in vitá superiore, poenarum luendarum causá nos esse natos.*

divina, para que sobre ella, como sobre una embarcacion que no corre peligro alguno, acabemos dichosamente el viage de nuestra vida. » Tal era la verdad sublime que á este grande hombre revelaba una voz secreta del cielo.

Las grandezas y miserias del hombre son tan evidentes, que la verdadera religion nos debe necesariamente enseñar que hay en él algun gran principio de grandeza, como tambien al mismo tiempo un gran principio de miseria, pues la verdadera religion debe conocer á fondo nuestra naturaleza, esto es, toda nuestra parte sublime y miserable, como tambien la razon de una y otra. Al mismo tiempo, debe darnos cuenta de las sorprendentes contrariedades que ofrece la criatura humana; y si hay un solo principio de todo, un solo fin de todo, la verdadera religion debe enseñarnos á adorar, á amar y á venerar á él solo. Pero como somos incapaces de amar y adorar lo que no conocemos, la verdadera religion debe enseñarnos esa nuestra impotencia é indicarnos sus remedios.

Es necesario, para que el hombre sea dichoso, que le indique que no hay mas que un Dios; que debe amar; que nuestro solo bien y nuestra verdadera felicidad es pertenecerle y cumplir su ley, así como nuestro solo mal es separarnos de la observancia de los deberes que nos tiene impuestos; que las tinieblas nos cubren y nos impiden ver á Dios y hacer el bien; y que teniendo obligacion de amar á Dios, y apartándonos la concupiscencia de este amor y de las divinas leyes, estamos llenos de injusticia. La verdadera religion debe darnos la ra-

zon de la oposicion que tenemos á Dios y á nuestro propio bien; y al mismo tiempo debe enseñarnos los remedios que se necesitan, y el modo de lograr estos remedios. No hay mas que la religion cristiana que satisfaga estas condiciones, porque solo la religion cristiana es la verdadera.

¿Será tal vez la secta de aquellos filósofos que, por toda dicha, nos proponen el bien que en nosotros reside? ¿Es ese el verdadero bien? ¿Han hallado acaso el remedio conveniente á nuestros males? ¿Acaso se cura la presuncion y orgullo del hombre, igualándolo á Dios? ¿Y aquellos que nos han igualado con las bestias, y que por todo bien nos han dado los placeres terrestres, han dado un remedio á nuestra concupiscencia? Levantad los ojos al cielo, dicen unos, habeis sido criado para adorar á Dios, al cual os asemejais; podeis si quereis igualarle, si observais los preceptos de la sabiduría. Y los otros dicen: Baja los ojos y mira la tierra, gusano vil y rastrero; no eres mas que ruindad y podredumbre; tu herencia es el error y la miseria; mira los brutos tus compañeros, sobre los cuales te eleva tu loco orgullo, y con las cuales te pudrirás.

¿Qué hará el hombre? ¿Cual es pues su naturaleza? ¿Se asemeja á Dios, ó es igual á los brutos? ¿Qué espantosa distancia! ¿Qué religion nos enseñará á obstruir estos dos gérmenes de perdicion, el orgullo y la concupiscencia? ¿Qué religion nos enseñará nuestros deberes, la flaqueza é injusticia que de ellos nos apartan, los remedios que pueden curarnos, y el modo de lograr estos remedios?

Veamos lo que sobre este punto nos dice la sabiduría de Dios, que nos habla por medio de la religion cristiana.

En vano, ó hombres, buscáis en vosotros mismos el remedio de vuestras miserias. Todas vuestras luces solo pueden llegar á conocer que la felicidad y la verdad no residen en vosotros. Los filósofos os han dicho que en vuestro interior encontraríais la felicidad, y se han engañado. No sabiendo cual es vuestro bien verdadero, ni vuestro verdadero estado, ¿cómo podrian daros remedios eficaces para males que ni siquiera han conocido? Vuestras enfermedades principales son el orgullo, que os aparta de Dios, y la concupiscencia, que os fija á la tierra; los filósofos no han hecho mas que fomentar á lo menos una de estas dos enfermedades. Han fomentado vuestro orgullo, dándoos por objeto á Dios, y diciéndoos que le asemejais por vuestra naturaleza. Y los que han comprendido la vanidad de esta pretension os han hecho caer en otro precipicio, dándoos á entender que vuestra naturaleza era semejante á la de las bestias, induciéndoos de este modo á buscar vuestra felicidad en los deleites sensuales y carnales apetitos, que satisfacen á estas. No es este el modo de haceros conocer vuestra injusticia. No aguardéis pues la verdad ni el consuelo de los hombres. Yo soy lo que os he formado, y yo solo puedo instruiros de lo que sois, y el estado en que os hallais, el cual no es el mismo que recibisteis de mí. Yo he criado al hombre santo, inocente y perfecto; yo lo he llenado de luz y de inteligencia; yo le he comunicado mi gloria y mis maravillas.

Un santo éstasis y castos sentimientos ocupaban su corazon. El ojo del hombre veia entonces la magestad de Dios. El hombre no debia morir, las tinieblas no le cegaban, las miserias no le afligian. Pero el hombre no se ha engreido y ha caido en la presuncion; ha querido volverse centro de sí mismo, é independiente de mi socorro. Ha querido sustraerse á mi dominacion; así yo lo he abandonado á sí mismo; yo he permitido que contra él se rebelen todas las criaturas que antes le estaban sometidas: de suerte que en el dia el hombre se ha vuelto semejante á los brutos, y á una tal distancia de mí, que apenas le queda una confusa luz de su autor, tan confusos ó apagados han quedado todos sus conocimientos. Los sentidos, independientemente de la razon, y muchas veces dominando esta misma razon, lo han arrastrado en busca de los deleites. Todas las criaturas lo afligen, ó lo dominan, ya sometiéndolo por fuerza, ya encantándolo por sus dulzuras: dominacion aun mas terrible é imperiosa.

Tal es en el dia el estado de los hombres. Les queda, es verdad, un instinto poderoso, un recuerdo misterioso, una secreta esperanza de su pasada naturaleza, y estan sumergidos en las miserias de su ceguedad y de su concupiscencia, estado que se ha vuelto su segunda naturaleza.

Por estos principios podeis explicar la causa de tantas contrariedades que han sorprendido á los hombres, y que ha dado origen á tantas y tan diversas sectas. Conoceos, soberbio, conoced el enigma que sois á vuestros mismos ojos. Humillaos, razon impotente; callad, naturaleza limitada; sa-

bed que el hombre supera infinitamente al hombre, y oid de vuestro dueño, vuestra condicion verdadera, que ignorais.

Si el hombre no se hubiera nunca corrompido, gozaria con seguridad de la verdad y felicidad; y si el hombre siempre hubiera sido corrompido, esto es, que el estado en que le vemos hubiese sido primitiva y constantemente su estado, no tendria sentimiento alguno ni idea de verdad y beatitud, ni aquellos presentimientos misteriosos que le recuerdan un estado mas feliz y le pronostican una vida mejor. Pero somos tan infelices, que tenemos una idea de la felicidad y no podemos lograrla; sentimos en nosotros mismos una imagen de la verdad, y no poseemos mas que el error, incapaces que somos de ignorar absolutamente y de saber con certitud; tan evidente es que hemos existido en un grado de perfeccion de lo que desgraciadamente hemos caido.

¿Qué otra cosa nos demuestra este anhelo y esta impotencia, sino que ha habido en otro tiempo en el hombre una felicidad verdadera, de la cual solo le queda en el dia la huella esteril y vacia, que el hombre se esfuerza inútilmente de llenar con todo lo que le rodea, buscando en las cosas ausentes la plenitud que no logra de las presentes, y que ambas no pueden darle, porque el golfo infinito de su corazon solo puede llenarlo un objeto infinito é inmutable?

Así, la religion cristiana enseñando á los hombres que la naturaleza humana está corrompida y separada de Dios, abre los ojos á los hombres, y les

muestra por todas partes el caracter de esta verdad, pues la naturaleza muestra por todas partes un Dios perdido en el hombre y fuera del hombre.

Sin estos conocimientos divinos ¿qué otra cosa han podido hacer los hombres, sino elevarse en el sentimiento interior que les queda de su grandeza pasada, ó abatirse á causa de su debilidad presente? Pues, no viendo la verdad enteramente, no han podido elevarse á una virtud completa. Unos considerando la naturaleza humana como sana, y otros como irreparable, no han podido eximirse del orgullo ó pereza, origen de todos los vicios.

De aquí derivan las diversas sectas de los estóicos, de los epicúreos, dogmatistas, académicos, etc. La sola religion cristiana ha podido curar de estos vicios, no por la sabiduría terrestre, sino por la simplicidad del Evangelio, pues enseña á los justos, á los cuales eleva hasta la participacion de la misma divinidad, que en este estado sublime llevan consigo el germen de toda corrupcion, que los vuelve durante esta vida sujetos á la miseria, al error, á la muerte y al pecado; y á los mas impíos y criminales les dice que son capaces de la gracia del Salvador. Así, haciendo temblar aquellos que justifica, y consolando los que condena, de tal modo atempera el temor con la esperanza, por esta doble capacidad comun á todos los hombres, de la gracia y del pecado, que humilla infinitamente mas que la sola razon, sin conducir á la desesperacion; al mismo tiempo que eleva mucho mas que podria hacerlo el orgullo humano, sin hinchar y engreir neciamente como este; haciendo ver de esta manera que, care-

ciendo completamente de error y vicio, solo á ella toca instruir y corregir á los hombres.

CAPITULO XXI.

De Jesucristo.

Examinando con atencion y profundidad el género humano antes de la venida del Redentor, observando la espantosa corrupcion del imperio romano, la barbarie y ferocidad de las razas que le invadieron, reflexionando sobre la embriaguez á la vez frenética y hedionda de aquella Roma ulcerada de orgullo, y estenuada de crápula y ateismo, considerando lo gangrenada que se hallaba la sociedad, y el viento de la muerte que soplabá sobre el género humano, un pensamiento imponente se ocurre á la mente humana : ¿qué hubiera sido de la prole de Adán sin la aparicion del cristianismo? Pues, en efecto la prole de Adán, sin vida y aparentemente sin porvenir, poseida de un espíritu de locura, y asfixiada del hálito del infierno, parecia aquella multitud de hojas que el otoño arranca de nuestros árboles, marchitas, separadas del tronco nutritivo, secas, arrolladas, que el soplo del huracán hace rodar entre el polvo, arremolinar en el aire, ó desaparecer de nuestros prados.

Si no nos impidiese el plan sucinto que nos hemos propuesto, probaríamos hasta la última evidencia, mediante una descripción circunstanciada

del estado de la sociedad antes del Salvador, que sin el cristianismo hubiera perecido completamente la humanidad, ó á lo menos quedado reducida á un estado mas mísero y deplorable que puede figurarse la imaginacion ; baste decir que en el día este es punto reconocido, admitido, y en cual unánimemente convienen todos los filósofos, políticos é historiadores, tanto incrédulos como cristianos.

La corrupcion del imperio romano atrajo aquellas hordas de bárbaros que por instinto, y sin conocer distintamente su mision, se llamaban *el azote de Dios*. ¿Qué hubiera sido del género humano, si el arca grande del cristianismo no hubiese salvado los restos del género humano de este nuevo diluvio? ¿Qué suerte hubiera quedado reservada á la posteridad? ¿En donde se hubieran quedado depositadas las luces y la civilizacion?

Los sacerdotes paganos no formaban cuerpo literario; las escuelas de Atenas y Alejandria se reducian á estas dos ciudades, y consistian en algunos centenares de retóricos que hubiesen sido degollados con lo restante de los ciudadanos, al paso que las bibliotecas y demas depósitos de civilizacion hubieran sido incendiadas, como mas adelante hicieron con la biblioteca de Alejandria otros bárbaros menos incultos.

Entre los antiguos no habia espíritu de proselitismo, ni ardor para enseñar ; los paganos no se retiraban al desierto para vivir con Dios, y alimentarse de oracion. ¿Qué sacerdote de Júpiter hubiera ido al encuentro de Atila para detenerlo en su marcha, como hizo el papa San Leon? ¿Qué levita hu-